

## La Hermenéutica de la fe en *Del sentimiento trágico de la vida*, de Miguel de Unamuno

### The Hermeneutics of Faith in the book Miguel de Unamuno's *Del sentimiento trágico de la vida*

Miguel Grijalba Uche  
Universidad Isabel I<sup>1</sup>

#### RESUMEN

En *Del sentimiento trágico de la vida*, Unamuno establece el fundamento de su sentimiento religioso que pueden ejercer las personas de carne y hueso, en sus palabras, sumidas en su angustia existencial. Este intento unamuniano de religión se diferencia de las opciones tradicionales que pretenden dar sentido a una vida sin fundamento. El presente artículo analiza el pensamiento de Miguel de Unamuno sobre su componente religioso. Es una presentación de Unamuno como un autor que escribe obligado por el deseo de inmortalidad, que convierte el sentir trágico en una obra original nacida en un contexto pleno de contradicciones propias, existenciales y religiosas. Para explicar filosóficamente el *thelos* trágico, Unamuno hace de la agonía el síntoma de la vida auténtica, constitutivo de una obra que, en su caso, se fusiona en una sola realidad existencial. Culminaremos reflexionando por una religión unamuniana similar a un quijotismo.

28

#### PALABRAS CLAVE

Unamuno; Agonía; Religión; Fe; Inmortalidad;

#### ABSTRACT

In *Del sentimiento trágico de la vida*, Unamuno establishes the foundation of his religious sentiment that can be exercised by flesh-and-blood persons immersed in existential anguish. This Unamunian

---

<sup>1</sup> Licenciado en Filosofía (2010). Doctor en Filosofía (2016). Premio extraordinario de Doctorado. Licenciado en Medicina (1991). Doctor en Medicina (2016). Profesor contratado doctor Universidad Isabel I en materia de Filosofía contemporánea y Filosofía de la ciencia. Profesor investigador GIR "Arte y Ciencia en Filosofía". Fac. Filosofía Uva. Profesor Investigador de Proyecto de Hermenéutica Crítica-HERCRITIA-UNE. Miembro del Centro de Estudios Heideggerianos y del Archivo Heidegger de la Universidad de Sevilla-M. Heidegger Archiv. Meßkirch. Adscrito al Grupo de Investigación "Filosofía aplicada: sujeto, sufrimiento, sociedad" (Cód. PAIDI: HUM-018). Investiga en Filosofía del siglo XX, especializado en fenomenología existencial y hermenéutica (Heidegger). Filosofía francesa (Foucault-Deleuze) y su vinculación con el pensamiento de Heidegger. Filosofía española (M. Unamuno, F.Savater, E.Trías). E-mail: [mgrijalba2003@yahoo.es](mailto:mgrijalba2003@yahoo.es); Orcid: 0000-0002-3956-6007.

attempt at religion differs from the traditional options that pretend to give meaning to a life without foundation. This article analyzes Miguel de Unamuno's thought on its religious component. It is a presentation of Unamuno as an author who writes compelled by the desire for immortality, who turns the tragic feeling into an original work born in a context full of existential and religious contradictions. To explain philosophically the tragic thelos, Unamuno makes of agony the symptom of authentic life, constitutive of a work that, in his case, merges into a single existential reality. We will conclude by reflecting on an Unamunian religion similar to a quixotism.

### KEYWORDS

Unamuno; Agony; Religion; Faith; Immortality;

### 1 INTRODUCCIÓN

Miguel de Unamuno (1864-1936) se propuso encarar el hecho religioso en su libro *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, obra publicada en 1912. En el aspecto hermenéutico de su conceptualización, Unamuno discute la fe, y su oponente, la duda. Es la manera como Unamuno analiza filosóficamente su estado de vida. Es decir, una vida auténtica a partir del deseo de inmortalidad que, de modo ineludible, le lleva a Unamuno a cuestionar lo racional.

Para Unamuno, lo religioso es un problema desde el momento en que la razón se apropia de la verdad de esa religiosidad. En este contexto, nuestro autor plantea una crítica a esa razón porque ella es incapaz de explicar la realidad existencial dubitante ante el misterio. Ahora bien, para que se dé tal imposibilidad comprensiva de la razón es preciso comprender que el sentimiento, en Unamuno, se refiere al deseo de inmortalidad y que la razón no puede dar una respuesta al respecto. Según se entiende, la debilidad de la razón es el resultado de esa contradicción entre el hambre de inmortalidad propia del ser humano y la incapacidad racional para resolverla. Sin embargo, la misma dificultad de la razón por entender la fe es lo que subyace en el postulado del deseo de inmortalidad como lo propio del hombre, al punto de ser parte explicativa de la existencia de éste (Pulgar, 2010, p. 97). Esta paradoja da forma al ser religioso del tiempo que le tocó vivir y al propio ser religioso unamuniano. De hecho, él mismo aprecia este combate entre la razón y su vida, con lo cual puede sostener que esta contradicción entre lo vital y lo racional es lo que define el sentido de la vida humana como trágica. Por ello, Unamuno se pregunta por el sinsentido de una existencia que no ve una solución en la filosofía de su tiempo y que es, a su vez, el tiempo de su propia crisis personal. Como afirma López Martín: "Las crisis de fe que atraviesa Unamuno entre 1897 y 1912 no se resuelven en convicciones estrictamente teológicas, sino en una fe vivida como proyecto existencial" (López Martín, 2020, p. 45).

Unamuno afirma con contundencia: "Es una cosa terrible la inteligencia. Tiende a la muerte como a la estabilidad la memoria." (Unamuno, 2008, p. 48). Y añade: "Mis propios pensamientos ... son ya cadáveres de pensamientos. [...] Es un trágico

combate, es el fondo de la tragedia, el combate de la vida con la razón.” (Unamuno, 2008, p. 48-49)

Estas citas muestran cómo la razón, al objetivar, acaba con lo vivo y lo inestable, y en ello reside la condición trágica del existir. Esta situación nos obliga a dar una explicación inicial de lo trágico en el pensamiento de Unamuno. El sentimiento trágico de la vida es la conciencia profunda y dolorosa de la paradoja existente entre el anhelo humano de inmortalidad y la certeza de la muerte futura. Es la lucha constante entre la razón, que niega la posibilidad de la vida eterna, y el deseo del corazón humano, que anhela vivir para siempre. La dualidad planteada se ofrece entre una razón que nos dice que moriremos y desapareceremos, y una fe (voluntad o sentimiento, según queramos decirlo) que desea buscar sentido más allá de la muerte. “Y ese punto de partida personal y afectivo de toda filosofía y de toda religión es el sentimiento trágico de la vida.” (Unamuno, 2008, p. 41).

Unamuno no busca resolver esta contradicción, sino vivir en ella, hacer de esa tensión la esencia de lo humano. Para él, ser verdaderamente humano es sentir este conflicto y no anesthesiarse ante él. Por lo tanto, ese afecto existencial (esa ansia de inmortalidad en tensión con la conciencia de la muerte) es la raíz de la filosofía y la religión. No es una idea teórica, sino un afecto fundamental marcado por la conciencia, que es la única que verdaderamente siente y sufre para él. De esta tensión no podemos escapar, sino que no nos queda otro remedio que vivir con ella, no necesita resolución, sino aceptación activa. Cerezo Galán muestra perfectamente la tensión central unamuniana: el impulso trágico oscila entre la búsqueda de totalidad y el deseo de disolución ante el absurdo.

De un lado, en la línea dinámica hacia el todo, su «avidez ontológica», o su tendencia eternista o “esencialista” [...] del otro lado, en la línea entrópica hacia la nada, el apetito tanático de disolución o anonadamiento, como escape a la batalla por la conciencia. Es el lado del vacío [...] en contrapunto al poder creador de la ilusión. (Cerezo Galán, 1996, p. 105)

Es decir, lo trágico se presenta como dualidad entre el afán de eternidad (avidez ontológica) y el deseo de aniquilamiento (apetito tanático). Con todo lo cual, si lo trágico es criterio de existencia, entonces buscar el significado de la vida debe conducirnos a poseer una forma concreta y carnal. Cerezo Galán, en la parte II (“Existencia y tragedia”), capítulo 8 (“La existencia trágica”) de su texto *Las máscaras de lo trágico* analiza cómo Unamuno sitúa la tragedia como la lucha entre dos opuestos que no se supera sino que se habita: todo o nada, Don Quijote o San Manuel Bueno. “En el dilema todo o nada no hay punto de equilibrio. ‘O tiramos al todo o tiramos a la nada’ (decía Unamuno). No hay término medio.” (Cerezo Galán, 1996, p.17). Para Unamuno, este significado auténtico de la existencia se resuelve desde la comprensión de lo trágico como identidad en la relación vital del hombre con Dios, un temple vital como criterio hermenéutico (Cf. Pulgar, 2016).

Para Cerezo Galán, estas dos máscaras – utopismo (la fe en lo absoluto) y nadismo (la pulsión al vacío) – son dos caras opuestas de un mismo conflicto trágico. La dialéctica entre infinito ansiado y la pulsión de destrucción compone el núcleo de lo trágico.

De un lado... su <avidez ontológica>, o su tendencia eternista o 'esencialista' [...]; del otro lado... el apetito tanático de disolución o anonadamiento... Es el lado del vacío [...] en contrapunto al poder creador de la ilusión. (Cerezo Galán, 1996, p. 17)

Bajo la crisis de lo religioso que aprecia Unamuno, surge una obra que expresa un agonismo que, en su caso, se convierte en un intento de respuesta a la pregunta por el sentido de la tragedia que él mismo sufre y describe. Siendo así, toda explicación sobre el significado de la obra de Unamuno se hace desde ese sentimiento trágico. Para Cerezo Galán, Unamuno no concibe la tragedia como mero destino, sino como una dinámica interna: es la lucha constante entre la necesidad de creer (en Dios, en la vida, en la inmortalidad) y el irracional conocimiento de la finitud humana. Ese conflicto permanente da lugar a una paradoja: un anhelo infinito en el interior de un cuerpo y un tiempo limitados.

En el presente ensayo, comenzaremos por analizar la visión que nuestro autor tiene sobre la hermenéutica religiosa, a partir de su concepción antropológica de la religión. Para centrar esta cuestión, desarrollaré ampliamente su concepto de deseo o anhelo de inmortalidad, íntimamente vinculado al sentimiento de tragedia humano propio del hombre de carne y hueso, dicho en sus propias palabras. A continuación, se hace necesario aclarar los términos de anhelo de inmortalidad y el sentimiento agónico, para poder construir una hermenéutica agónico-existencial que nos permita comprender la fe y la creencia religiosa unamuniana en el interior del contexto de una existencia verdadera.

31

## 2 SOBRE LA ANTROPOLOGÍA DE LA RELIGIÓN UNAMUNIANA

Miguel de Unamuno se propuso dar cuenta del hecho religioso y su propia fe, especialmente en *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. En este texto, Miguel de Unamuno expone su visión angustiada sobre la existencia humana, anclada en la agonía irresoluble entre razón y fe. La hermenéutica de la fe implicaba desentrañar los significados de la creencia religiosa en relación con la condición trágica del ser humano, cuya esencia es el anhelo de inmortalidad, y la conciencia de la finitud, clave para comprender la autenticidad de la vida. Estos son los dos pilares del pensamiento unamuniano sobre el hombre.

En el centro de la filosofía de Unamuno está "el hombre de carne y hueso" (Unamuno, 2008 p. 21), es decir, el mismo Unamuno. Por eso podemos afirmar que Unamuno es propiamente un egoísta radical, que posee la necesidad de decirse, de autoproclamarse, con una fuerte egocentricidad, como el maestro Ortega afirmaba, sobre él. No todos los autores aceptarán de la misma manera esa afirmación de la

egocentricidad o egotismo en Unamuno. Pero este hombre de carne y hueso, del cual formamos parte todos nosotros, es el punto de partida de su Filosofía (Unamuno, 2008, p. 23). Porque el pensamiento surge desde el *pathos* personal, "de origen fisiológico o patológico" (Unamuno, 2008, p. 23). Y lo interesante es descubrir que, en la reflexión de este yo personal, de este *pathos*, se está desvelando también, de modo indirecto, el yo de los otros, una antropología del hombre concreto que nace, sufre y muere, sobre todo muere aunque quiera seguir viviendo. Para Unamuno, la propia conciencia del dolor es la apertura a esos otros.

Porque hay otra cosa, que llaman también hombre, y es el sujeto de no pocas divagaciones más o menos científicas. Y es el bípedo implume de la leyenda, el animal político de Aristóteles, el contratante social de Rousseau, el homo economicus de los manchesterianos, el homo sapiens de Linneo o, si se quiere, el mamífero vertical. Un hombre que no es de aquí o de allí ni de esta época o de la otra, que no tiene ni sexo ni patria, una idea, en fin. Es decir, un no hombre. El nuestro es otro, el de carne y hueso; yo, tú, lector mío; aquel otro de más allá, cuantos pensamos sobre la Tierra. Y este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda filosofía, quiéranlo o no ciertos sedicentes filósofos. (Unamuno, 2008, p. 22)

32

Unamuno comienza su obra planteando que el sentimiento trágico de la vida surge desde la conciencia de la propia finitud<sup>2</sup>. Este sentimiento trágico es aportado, por Unamuno, como la base afectiva y existencial de toda filosofía y religión: una emoción profunda y universal que nace desde el choque entre el deseo y la finitud. Es la angustia existencial que nace al sabernos mortales pero desear ser eternos. El ser humano, a diferencia de otros seres, es consciente de su propia muerte, lo que genera esa angustia existencial, que no intelectual, que permea toda la vida (Unamuno, 2008, p. 43). Es decir, el sentimiento trágico nace de la conciencia humana que nos separa del resto de los seres y nos hace sentir una especie de enfermedad existencial.

Aparte de no haber una noción normativa de la salud, nadie ha probado que el hombre tenga que ser naturalmente alegre. Es más: el hombre, por ser hombre, por tener conciencia, es ya, respecto al burro o a un cangrejo, un animal enfermo. La conciencia es una enfermedad. (Unamuno, 2008, p. 37)

El hombre, en su búsqueda de sentido, necesita algo que trascienda su muerte, pero al mismo tiempo, se ve limitado por la razón, que le muestra la inevitabilidad de su finitud. Esta construcción de la nada surgida desde la finitud, Unamuno la instala en el centro de su crisis religiosa. Ante la nada, cabe la pregunta de si

---

<sup>2</sup> Las raíces del pensamiento unamuniano de este sentimiento trágico las encontramos en la conciencia angustiada de Hegel (Posada, 2013, p. 105).

Unamuno la identificaba en la realidad existente y le otorgaba un significado de agonía vital. Si es así, se entiende que la agonía sea la base de su propuesta y la fe se inclina a resolver la certeza de un hombre que, en tanto cree o quiere creer, es capaz de hallar sentido de la tragedia de la vida (Cfr. Pulgar, 2017).

Por ello, se siente en la obligación de salir a buscar algún vestigio de inteligencia que fundamente el sentimiento trágico como esencial para la vida auténtica. Para satisfacer esta pregunta sobre el sentido de la tragedia, debe elegir caminos gnoseológicos cuyo centro sea el hombre en su expresión trágica de la existencia. Esa expresión la considera Unamuno porque la vida humana está marcada por una tensión irresoluble entre la razón y la vida, el choque entre el miedo a la nada y la voluntad de crear religiosa ficticia pero efectiva (Oya, 2020, p. 56) y que la forma auténtica de vivir es aceptar y convivir con esa contradicción.

En este contexto, la fe emerge como una respuesta a esta angustia. La fe no es simplemente una creencia en dogmas religiosos o una adhesión de la mente, sino una actitud vital con la que enfrentarse al mundo que reconoce la contradicción que surge desde la duda (Unamuno, 2008, p. 53). Desde un punto de vista hermenéutico, la fe es un acto de resistencia existencial frente a la nada, mezcla de razón y creación, que sitúa la salvación como la pervivencia ante la aniquilación tras la muerte. Es un acto existencial de quijotismo (Ángeles de León, 2024, p. 53). Unamuno, a diferencia de los pensadores racionalistas, no concibe la fe como una forma de certeza, sino como una expresión del conflicto interno del hombre que, aun sabiendo la imposibilidad de probar la existencia de Dios, se aferra a ella con desesperación. Busca en Dios la garantía de la inmortalidad personal ya que Dios es concebido como el "yo" proyectado al infinito. Podemos decir que así se define su ateísmo de la razón. Cerezo Galán lo resalta afirmando que, para Unamuno, la fe es una esperanza activa, casi una rebelión contra la nada que enmudece la incertidumbre solo para reavivarla. La máscara religiosa, lejos de ocultar la angustia, la potencia como instancia creativa y resignificadora del existir.

Este ansia de inmortalidad define al hombre concreto y carnal, ya que la experiencia de finitud es asumida por la razón como lo característico del existir. La inmortalidad es la conciencia que postula responder a la esencia de lo religioso, un deseo funcional de dar contestación a lo que nos abruma. No se trata de un deseo, sino de la "sustancia misma de mi alma" (Unamuno, 2008, p. 66), un impulso o temple vital que nos lleva a buscar un sentido trascendente a la existencia. El deseo de no morir se convierte en la base de la fe unamuniana.

No quiero morirme, no; no quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser aquí y ahora y por esto me tortura el problema de la djuración de mi alma, de la mía propia. (Unamuno, 2008, p. 64)

Unamuno rechaza la idea de muerte como aniquilación total, aferrándose a la esperanza de una vida perdurable, no basada en pruebas racionales, sino en una necesidad existencial, en la voluntad de creer en aquello que la razón no puede

demostrar (Unamuno, 2008, p. 75). Luego, la primera cuestión es el “yo”, Unamuno, centro de la vida, que no podría desaparecer jamás.

La doctrina de la religión de Unamuno es de una complejidad tan elevada que permite apreciar ciertos atisbos fecundos para su pensamiento. Por un lado, se ve un alejamiento de nuestro autor respecto de la teología racionalista protestante liberal que había empezado a declinar desde 1907, y muestra una actitud vitalista del sentimiento religioso alejada de los dogmatismos. Pero Orringer nos señala cómo la teología unamuniana tiene un enorme influjo luterano, primando la fe sobre la razón: “La teología de Unamuno, como la de los protestantes liberales, nace del sufrimiento interior y no de dogmas revelados.” (Orringer, 1985, p.134).

En las tesis de nuestro autor, se exponen el carácter agónico (interior) y agonístico (exterior) de la vida religiosa, que solicita, en último término, a un Dios entendido como su mayor contrincante que le sirve para ensalzar la fe en el abismo trágico del hombre en la tierra, lo que remite a la convivencia entre razón y voluntad de creer (querer creer, creer que se cree y querer crear). “La fe no es creer lo que no vimos, sino crear lo que no vemos” (Unamuno, 2020, p.3). Como él mismo se refería “la religión, más que se define, se describe y, más que se describe, se siente” (Unamuno, 2008, p. 190). Este aspecto de la tragedia unamuniana del querer creer sin llegar a la fe y que el mejor camino para llegar a creer es vivir como si se creyera ha sido analizado por Cerezo Galán en su obra *Las máscaras de lo trágico*. “Unamuno no creyó tanto en Dios como en el deseo de Dios. Para él, la melancolía religiosa nace del desgarramiento entre razón y necesidad afectiva.” (Cerezo Galán, 1996, p. 217). Unamuno, también en su obra *La agonía del cristianismo*, incide en el aspecto de llegar a vivir como si se tuviese la fe.

La noción de fe, para Unamuno, es evangélica, nacida desde el corazón e inspirada en la primitiva comunidad cristiana (Maroco, 2018, p. 260). No se trata de una respuesta escolástica ni un conocimiento, sino una respuesta humana ante la nada (López Martín, 2020, p. 76). Por lo tanto, supone una formulación de nuestro anhelo vital surgido desde un acto de voluntad que nos hace entender y vivir la vida. Pero, como ya expresó en su texto *La fe*, creer es creación de lo que no vemos (Díaz-Peterson, 2013, p. 16) y crear a Dios que llevamos dentro. Esta fe unamuniana no es epistémica ni empírica, sino fundada de modo natural a partir de nuestro deseo de inmortalidad (Oya, 2020, p. 79). Se trata de un querer creer, no utilitarista, de un Dios cuya existencia es subjetiva pero también ontológica que mantiene una relación con el creyente. Pero es un querer creer porque queremos creer frente al abismo (Oya, 2020, p. 81).

Según Unamuno, entendemos por religión “la relación con Dios, [...] la unión más o menos íntima con Él” (Unamuno, 2008, p. 189). Pero esa necesidad que fundamenta el hecho religioso, se presenta con el ansia de “que haya Dios”, y que se asocia con la apetencia de “inmortalidad del alma, de la permanencia [...] de nuestra conciencia personal e individual” (Unamuno, 2008, p. 192). Por todo ello, “la religión no es un anhelo de aniquilarse, sino de totalizarse, es anhelo de vida y no de muerte” (Unamuno, 2008, p. 191), surgido ello después del rechazo total y absoluto contra la

visión mística de la apocatástasis y la anacefaleosis (la fusión de las almas humanas con la divinidad). De ese modo, la unión con Dios no consiste en “perdernos y anegarnos en Él”, sino en “poseerlo, más bien que ser por Él poseídos” (Unamuno, 2008, p. 191).

### 3 EL DESEO DE INMORTALIDAD

Para Unamuno, son cosas distintas tener y querer morir. La primera corresponde a la naturaleza, es inherente al hombre de carne y hueso, consecuencia de su nihilidad. No ocurre lo mismo con la segunda. En ella radica la esencia de la propuesta unamuniana. El pensador español renuncia a verse obligado a morir. Si bien tiene que hacerlo, no se le puede obligar a quererlo (Unamuno, 2008, p.64). Unamuno quiere pervivir, pero siendo él mismo. No quiere otro: quiere esta carne, estos mismos huesos y este mismo espíritu, nos afirma. Es decir, Unamuno quiere la inmortalidad de todo su ser: alma y cuerpo. Este instinto de conservación se manifiesta como un deseo profundo que encuentra su raíz en el instinto genésico. Al respecto Aranguren escribe: “El instinto de conservación y de perpetuación, al choque del muro con la muerte intentan saltar por encima de él, por el erostratismo o búsqueda, a cualquier precio, de cualquier fama, hasta el hambre de inmortalidad” (Aranguren, 1964, p.14). Si todo su ser tiene que morir, entonces esta vida no tiene sentido. Desde el principio de su reflexión él ha conducido el problema al ámbito de la antropología: “en el inmortal origen de este anhelo de inmortalidad, que es la sustancia misma de mi alma, el fundamento de mi sustancialidad es el de mi propia realidad humana” (Unamuno, 2008: 161). Por ello, el hombre auténtico es quien, lejos de rehuir la angustia, viviendo su existencia, se afana por la perduración de su ser.

En este punto Unamuno sigue la doctrina de Spinoza según la cual toda realidad tiende a perseverar indefinidamente en su ser. Ese *conatus* es su esencia (Unamuno, 2008, p. 55). Esto no permite ver en el pensamiento unamuniano una reflexión racional sobre el problema de la inmortalidad. Pensar eso significaría traicionar su mismo estilo, ya que desconfía de la razón, dada su incapacidad para penetrar en el misterio de la vida, en el de la muerte y la inmortalidad.

Recógete, lector en ti mismo, y figúrate un lento deshacerte de ti mismo, en que la luz se te apague, se te enmudezcan las cosas y no te den sonido, envolviéndote en silencio, se te derritan de entre los manos los objetos asideros, se te escurra debajo de los pies el piso, se te desvanezcan como en desmayo los recuerdos, se te vaya disipando todo en nada y, disipándote también tú, y ni aún la conciencia de la nada te quede siquiera como fantástico agarradero de una sombra (Unamuno, 2008, p.165).

La inmortalidad es conciencia que postula responder a la esencia de lo religioso. La ciencia no satisface nuestra necesidad ni el hambre de inmortalidad sino que, por el contrario, nos contradice (Unamuno, 2008, p.120). Se hace urgente, por tanto, la reivindicación unamuniana de la inmortalidad de la persona de carne y hueso

(basada en la resurrección cristiana de la carne que se defiende no tanto por pruebas históricas sino porque alimenta el hambre de existencia eterna). Pero antes de alcanzar este plano, Unamuno desarrolla una fuerte reacción a la muerte. Es una auténtica rebelión, un desplante contra el dato del final de la vida de todo ser viviente, incluyendo al hombre y, por supuesto a Unamuno.

Las palabras del filósofo son de lo más elocuente: “No quiero morirme, no, no quiero ni quiero quererlo, quiero vivir siempre...” (Unamuno, 2008, pp. 60-61). Declaración que se ratifica, cuando dice: “[...] con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana de morirme” (Unamuno, 2008, p. 125). Y la conclusión a la que llega es que “mi sentimiento de la vida, que es la esencia de la vida misma, mi vitalidad, mi apetito desenfrenado de vivir y mi repugnancia a morirme, esta mi irresignación a la muerte, es lo que me sugieren las doctrinas con que trato de contrarrestar la obra de la razón” (Unamuno, 2008, p. 125).

Para Unamuno, por lo tanto, es imposible concebirse él mismo y concebir al ser humano como no existente. Por lo cual, en un intento siempre desesperado, reflexionó sobre los modos de perduración. Encontró dos. Uno consiste en no morir del todo, en ser inmortal. El otro supone la muerte previa, la resurrección. Obviamente la segunda presupone la fe cristiana y dado que ésta, en su caso personal, se balanceaba entre una fe radical y el escepticismo, desarrolló, con especial interés, el ansia de fama y de nombre. Así, la vanidad aparece en Unamuno como el afán de supervivencia, el ansia de sobrevivirse. El hombre es único, no deja hueco al morir. De ahí nuestro ansia de trascendencia, como el ir más allá del existir concreto e individual, superándonos a nosotros para ser insustituibles. Lo que propone Unamuno es ejercitarnos en el oficio de cada cual, amar el oficio cotidiano, porque lo religioso es lo cotidiano, lo intrahistórico. Llevar agónicamente el día a día sin desesperación, construyendo la trascendencia propia. La inmortalidad se construye en lo diario. De esa manera podremos cambiar en donde uno se encuentra y enseñar a la razón que merece la pena vivir y que todo dolor tiene sentido (Ángeles de León, 2024: 73). Vencemos a la muerte en la propia carne porque el sentido de la vida no puede descansar en una visión materialista y unilateral del mundo que encierra en ella la posible condición de aniquilación del ser humano.

Para Unamuno, merecer la inmortalidad implica anhelarla vivamente y angustiarse por ello. La agonía se convierte en el temple de ánimo que sustenta esta inmortalidad. Esta agonía es una lucha perpetua manifestada en el conflicto entre la razón y la fe, el anhelo de inmortalidad frente a la certeza de la muerte, la tensión entre el ser y la nada. Esta lucha es el motor que impulsa la vida y le otorga autenticidad. Como refiere Cerezo Galán, una vida sin contradicciones sería vacía, porque lo auténtico nace desde la tensión y el conflicto. Este tensión irresuelta pero fecunda es lo que define lo trágico y al sujeto.

Así, es permanente lucha que no debe reducirse o sintetizarse en una posición victoriosa... La agonía debe ser la condición de nuestra vida espiritual... toda vida auténticamente humana se da, para Unamuno,

en constante contradicción, en perpetua guerra civil. (Cerezo Galán, 1996, p. 17)

Incluso el cristianismo, en sí mismo, es agonía ya que no es una fe pasiva, sino una lucha constante entre la salvación y la conciencia del pecado. Es decir, esta agonía supone una unión en la contradicción, un tener y un querer. En ningún momento encontramos una disyunción, son las dos cosas (Unamuno, 2008, p. 266). Cerezo Galán aprecia que este conflicto agónico es un constituyente estructural del ser humano ya que la tragedia nace del combate constante entre la palabra viva y la letra muerte:

[...] vía las categorías de “tragedia” y de “nihilismo” se le hace necesario entablar el diálogo con el concepto de agonía. Por eso, cuando habla del “héroe trágico”, en una nota de su trabajo nos recuerda que esta noción la toma en el específico sentido unamuniano de “agónico”. A su juicio, el núcleo central del agonismo se sitúa en el conflicto entre el espíritu (la palabra) y la letra [...] (Cerezo Galán, 1996, p. 369).

Esta idea de Unamuno sobre la inmortalidad se conecta con la noción de tragedia previa, la cual consiste en tener que morir y no querer morir. Un sentimiento trágico que no es tragedia, sino ansia de vivir. En la inmortalidad personal es donde se encuentran, de una manera trágica, agónica, la pervivencia individual, con los problemas de la vida presente y la entrada en lo eterno. En este sentido, para Unamuno, la fe profunda equivaldría a la infinitud.

En la tragedia unamuniana, como elemento constituyente de la realidad humana, la contradicción es fundamental, ya que por ella descubre la existencia auténtica. Y, a través de ella, Unamuno desvela la debilidad de la razón. Aquí, en este escenario, la contradicción nace desde los límites racionales ante el sentimiento trágico de la existencia que, a su vez, tiene en su seno el deseo de eternidad. Pues bien, debido a ese deseo, se hace palpable una filosofía unamuniana edificada a partir de este sentimiento trágico de la vida. Lo propio de la crítica de Unamuno es que él no acaba en la razón, sino en una apertura a la comprensión de la condición dubitante de fe (Pulgar, 2016: 131). En este sentido, confirma Moeller: “La auténtica importancia de la religiosidad de Unamuno está en la nostalgia de la inmortalidad, no en su sistema teológico” (Moeller, 1955, p. 45).

Julián Marías aporta una cita de Unamuno que expresa ese hambre de inmortalidad:

No es, pues, necesidad racional sino angustia vital, lo que nos lleva a creer en Dios. Y creer en Dios, ante todo y sobre todo, he de repetirlo, sentir hambre de Dios, hambre de divinidad, sentir su ausencia y vacío, querer que Dios exista. Y es querer salvar la finalidad humana del Universo (Marías, 1969, p. 146).

Para Unamuno, Dios tiene que ser la garantía de satisfacción de ese hambre de inmortalidad. Un Dios, el de Unamuno, que sólo ocasionalmente se presenta como fundamento actual de la existencia y no como creador. "Unamuno sitúa en Él la garantía como la salvación de la nada, la aniquilación después de la muerte" (Marías, 1969, p. 149).

La idea unamuniana de religión, como se puede colegir, se basa en la inquietud por su inmortalidad personal egotista y el consuelo de su afán. Y algo que merece destacar es que, ante esa posibilidad de inmortalidad que le sustenta Dios y la religión, "cree al mismo tiempo que para lograr esa inmortalidad, para merecerla, tiene que anhelarla vivamente, angustiarse hasta dudar de ella" (Marías, 1969, p. 154).

#### 4 EL SENTIMIENTO AGÓNICO

En el pensamiento de Miguel de Unamuno, la noción de agonía va más allá del mero sufrimiento, representa una actitud vital, una manera existencial de estar en el mundo marcada por el deseo profundo de trascendencia que sostiene el anhelo de inmortalidad. Del mismo modo que Martin Heidegger sitúa la angustia como clave para el acceso a la nada<sup>3</sup>, Unamuno encuentra en la agonía una forma de vida, una tensión constante que se vuelve consustancial al cristianismo. Para él, este último no es un sistema cerrado de creencias, sino una lucha continua, una pugna entre la fe y la duda, entre la esperanza de vida eterna y la certeza de la muerte<sup>4</sup>. Unamuno, en su obra *La agonía del cristianismo*, nos dice: "Agonía, quiere decir lucha. Agoniza el que vive luchando, luchando contra la vida misma. Y contra la muerte. Es la jaculatoria de Santa Teresa de Jesús: 'Muero porque no muero'." (Unamuno, 1964, p. 327).

Y agrega él mismo más adelante: "la agonía es, pues, lucha. Y el Cristo vino a traernos agonía, lucha y no paz [...] ¿y la paz?, se nos dirá, esa paz se da en la guerra y la guerra se da en la paz y esto es la agonía" (Unamuno, 1964, p.330). En este contexto, la fe no se manifiesta como certeza, sino como combate interior.

Unamuno observa en las epístolas de San Pablo un tono agónico en donde se expresa una religiosidad más vivida que explicada. La lucha, incluso contra la propia creencia, se convierte en signo de autenticidad. De modo que afirmará: "el modo de vivir, de luchar por la vida y de vivir de la lucha, de la fe es dudar. [...] como afirma el evangelio: "Creo, socorre mi incredulidad". Las epístolas de San Pablo, por ejemplo, nos ofrecen el estilo agónico porque en ellas se lucha, se discute sin diálogo (Unamuno, 1964, p.340).

Así, la agonía se transforma en una clave para entender la religión como una búsqueda incesante de sentido y trascendencia en la inmortalidad. Lejos de buscar certezas definitivas, Unamuno cultiva la pregunta como forma de vivir la espiritualidad. De allí brota su conocido sentimiento trágico de la vida, una conciencia aguda de la finitud que se niega a aceptar la aniquilación definitiva del

<sup>3</sup> Cf. M. Heidegger. *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta, 2003.

<sup>4</sup> Aquí derivará, en Unamuno, el fin de la historia, la apocatástasis, es decir, la reconstitución del todo en todo.

ser. La aceptación de este sentimiento trágico es lo que permite al individuo vivir de manera auténtica. La tragedia de Unamuno, por lo tanto, más que filosófica es profundamente religiosa: vivir deseando eternidad en un mundo que no la garantiza, esa es la auténtica tragedia. Nos dice Cerezo Galán: "[...] es una trágica batalla [...] la desesperanza es la causa del sentimiento trágico de la vida..." (Cerezo Galán, 1996, p. 105).

En *Del sentimiento trágico de la vida*, afirma: "tan inconcebible es la inmortalidad del alma como su mortalidad absoluta" (Unamuno, 2008, p. 126). El verdadero temor no es a la muerte en sí, sino a la nada. "La fe, en Unamuno, se desplaza hacia la esperanza en los últimos años; este giro revela una evolución espiritual marcada por la agonía existencial" (Martínez-Carrasco, 2021, p. 175).

Por eso encuentra en Prometeo —el titán condenado a un tormento perpetuo— un símbolo de la condición humana: el sufrimiento eterno del héroe encadenado encarna el drama de quien busca sentido enfrentando sus propias dudas. El buitre que devora sus entrañas es imagen de esa incertidumbre constante que mina la fe, pero que también le da profundidad al acto de creer, la incertidumbre que acompaña a la inmortalidad y dignifica la existencia humana. En *Verdad y vida*, pequeño ensayo unamuniano, esta misma idea aparece con un tono más práctico y moral: vivir es actuar, es comprometerse, es mantener la lucha incluso cuando la razón nos muestra la absurdidad de nuestra esperanza. La vida no puede reducirse a una mera contemplación intelectual, porque lo que salva al hombre no es el saber sino el vivir. Para él, no basta comprender la vida, es la vida en su dimensión trágica —la que contiene el duelo, la esperanza, la duda— la que da sentido a todo anhelo humano.

Sin embargo, es precisamente esta lucha la que nos impulsa a buscar un sentido más allá de lo puramente terrenal. Unamuno lo hizo en forma de melancolía trágica, porque vivir para él era sufrir de angustia y duda. Unamuno no entiende su melancolía trágica como resignación, sino como un modo de afirmar el sufrimiento como constitutivo del existir. En este sentido, Izaskun Martínez considera Unamuno se apoyó en la obra *Voluntad de creer*, de William James, una justificación de su melancolía: la fe dependiente de la voluntad frente a su melancolía racional.<sup>5</sup>

Pero ¿cuál era la razón de su tragedia? La honda tragedia de Unamuno era de una enorme profundidad religiosa, como afirmé previamente (Posada, 2013, p.103). Su auténtico drama no es filosófico, sino espiritual. Como señala Posada, el centro de su conflicto es la necesidad humana de perpetuarse sin encontrar garantías. En consecuencia, la antropología unamuniana gira alrededor de una única cuestión: la inmortalidad del ser. La vida se le presenta trágica por ese afán de no perecer y, sin embargo, no hallar certidumbre alguna. Por lo tanto, la historia de las ideas, para Unamuno, puede resumirse en la lucha entre dos fuerzas: el entendimiento racional y la necesidad vital de creer. Esa lucha es, para él, la verdadera esencia de lo humano. El hombre auténtico es aquel que vive desgarrado entre el deseo de ser eterno y la

<sup>5</sup> I. Martínez. *Miguel de Unamuno, lector de William James*. Universidad de Navarra, Seminario GEP, 2006.

evidencia de su finitud, entre lo que comprende y lo que necesita creer (Unamuno, 2008, p. 132).

Todo se puede sufrir, nos dice Unamuno, pero no el origen de la vida misma que es el ansia de inmortalizar el ser. Luego, la antropología de Unamuno es redundante: la inmortalidad del ser le causa angustia y la vida se torna trágica por ese afán de inmortalizarse sin hallar un fundamento cierto. Así es la vida humana y no tendría sentido hablar de un hombre de carne y hueso si no fuera porque vive trágicamente, pues la búsqueda de la inmortalidad introduce al hombre en la lucha entre el ser y el dejar de ser, la duda y la fe, la razón y la vida, lo que es y lo que desea ser. Y es precisamente en este vivir concreto, cargado de deseos, temores y pasiones, donde surge la pregunta por la verdad última: ¿hay algo más allá de la muerte?, ¿tiene sentido nuestra lucha por la inmortalidad? La verdad, en este sentido, no es una demostración lógica, sino una respuesta existencial a las ansias más hondas del ser humano. En *Verdad y vida*, Unamuno sostendrá que la verdad no es un sistema racional cerrado, es algo que se vive. Para él, la verdad no se descubre en la fría especulación intelectual, sino en la experiencia íntima y personal de la vida. Esta concepción vital de la verdad rompe con la visión escolástica o positivista que busca la certeza en el intelecto puro, pues para Unamuno el verdadero conocimiento es inseparable de la carne y del sentimiento.

Este conflicto nunca se resuelve. Al contrario, define la filosofía de Unamuno: una dialéctica perpetua entre opuestos que no buscan conciliación, sino expresividad. Desde sus años de juventud hasta la crisis existencial de 1897, esta tensión lo llevó a rechazar dogmas, ideologías y ortodoxias. No se identificaba plenamente con ninguna fe ni tampoco con su negación. Lo suyo era habitar la duda, vivir en el conflicto. El no quiere ser ni ateo ni creyente, no quiere ser católico ni protestante, no elige una piedad y, mucho menos, una adhesión a un dogmatismo, sino que opta por la agonía y la duda. Por eso, en él, la razón y la vida viven en una conflictividad permanente que agranda la tragedia ontológica, pero bastan por sí mismos. La razón no es suficiente para Unamuno, pero la fe tampoco (Posada, 2013, p.109). Ambas se entrelazan en un conflicto perpetuo que define la existencia humana. El hombre con este sentimiento trágico es un ser enfermo, enfermo de muerte, de conciencia de finitud, de curiosidad por su origen y destino. Como dice el propio Unamuno, quizá la enfermedad sea la condición propia del progreso (Unamuno, 2018, p. 37).

Para el pensador vasco, hay una contradicción entre la fe y la razón, y esta paradoja es su camino. Se trata de una condición radical, aunque necesaria, porque sólo así hay esa lucha permanente. Y, como refiere Aranguren, Unamuno agradece al positivismo y el cientismo que establecían de modo absoluto la razón discursiva y la ciencia empírica, y ponían en evidencia los límites de la razón, pues esto permite abrir paso a un modo más humano de comprender la existencia (Aranguren, 1964, p.18). La razón es el enemigo contra el que se lucha eternamente, pero a quien no se derrota jamás (París, 1994, p.432). Según Rabaté, la religiosidad de Unamuno surgirá precisamente desde esta contradicción como método de búsqueda de la verdad y de

su afirmación personal.<sup>6</sup> La razón desconoce el problema de la vida, de la inmortalidad y, por ello, no da respuesta a ninguno de los interrogantes que se plantean. En esta visión, la razón aparece como antagonista de la fe, pero al mismo tiempo como necesaria para configurar el drama existencial.

Esta fe nace desde un anhelo vital, de una necesidad de sentido frente a la muerte. En *Verdad y vida* desarrolla esta misma idea desde una perspectiva más ética: lo verdadero es aquello que nos mantiene vivos, lo que nos da fuerza para continuar la lucha. Así, la fe es un acto de voluntad y de vida. En este contexto, la fe se construye no a pesar de la duda, sino dentro de ella. Esa es la clave del pensamiento unamuniano. La fe que no conoce la duda es, para él, una fe muerta. Frente al modelo cartesiano de certeza o al escepticismo pasivo, Unamuno propone una fe activa, nacida del deseo, sentimiento e imaginación de creer, más que de una convicción lógica, donde la palabra viva es la expresión de la fe (Beraldi, 2020, p. 285-288). Por lo tanto, se pregunta Unamuno si no estará condenado a una duda perpetua. La fe reside, para él, en un violento afán personal de querer creer, y no en el clásico creer lo que no vemos. Esta fe, como impulso vital, no afirma dogmas, sino que se alimenta de preguntas, y por eso la denominaba fe dubitante.

## 5 EL RESULTADO ES UNA HERMENÉUTICA AGÓNICO-EXISTENCIAL: EL QUIJOTISMO

41

Si la preocupación de Miguel de Unamuno se centra en una interpretación de lo religioso, atravesada por una visión hermenéutica del llamado sentimiento trágico, entonces resulta esencial reflexionar sobre las condiciones que definen a toda vida humana: la conciencia de su finitud y la incapacidad de la razón para ofrecer una respuesta definitiva ante ese límite. En otras palabras, si la filosofía surge como reacción al hecho de sabernos mortales, entonces también nace allí una dimensión agónica del pensamiento, una tensión constante frente al dolor inherente a la existencia. Se trata de un dolor profundo que nos informa de nuestra existencia, de nuestra supervivencia y de la congoja de nuestra mortalidad, junto al anhelo trágico de eternidad. Esta incertidumbre no es un simple vacío, sino un tipo de resistencia frente a la comodidad de las verdades impuestas, que Unamuno define como pereza intelectual. Frente al dogma que encuentra la verdad absoluta –síntoma de una pereza del pensamiento– Unamuno contrapone una búsqueda incesante de sentido (Ángeles de León, 2024, p.55). Para él, lo humano no se acomoda en certezas: vive en el terreno movedizo de las preguntas, de las hipótesis. La vida, como él la entiende, se construye en ese espacio entre lo incierto y lo posible, donde la experiencia y el sufrimiento reconfiguran toda verdad previamente establecida. Así, la razón no puede imponerse como única vía hacia la verdad, porque lo humano desborda lo racional (Ángeles de León, 2024, p. 59).

---

<sup>6</sup> Cfr. J.C. Rabaté, C. Rabaté. *Miguel de Unamuno. Biografía*. París: Sorbonne Nouvelle Press, 2009.

La posición de Unamuno se aleja de cualquier ortodoxia religiosa. Su manera de concebir lo sagrado no obedece a credos institucionales, sino a una fe nacida del deseo y del querer, de una inquietud interna que no se resigna a lo dado. Se trata de investigar la verdad y dudar de todo, para intentar satisfacer el propio anhelo de incertidumbre que surge desde la duda ante la fe. Es un posicionamiento existencial del hombre de carne y hueso, enfermo de muerte y curiosidad tanto sobre su origen como sobre su futuro. La búsqueda de sentido es, para él, una forma de insubordinación contra los límites que impone la razón. Esta actitud refleja la condición de un ser humano consciente de su fragilidad y, al mismo tiempo, hambriento de eternidad. En este marco, Unamuno ve en el deseo de filosofar una necesidad existencial más que una empresa intelectual. Su idea de religión surge de enfrentarse, cara a cara, con la muerte: no para rendirse ante ella, sino para resistirse a aceptarla sin dar pelea. Desde esta perspectiva, las religiones no celebran la muerte, sino la posibilidad –aunque sea lejana– de una vida que no termine allí, la inmortalidad. Este enfrentamiento entre la lógica racional y el anhelo de sentido de vivir es lo que Unamuno identifica como quijotismo: una forma de vivir que no se conforma con la resignación, que lucha por un significado aun cuando éste parezca inalcanzable.

Sólo al final pienso recogerlo todo y sostener que esta desesperación religiosa [...] no es sino el sentimiento mismo trágico de la vida, es, más o menos velada, el fondo mismo de la conciencia ... es ese sentimiento la fuente de las hazañas heroicas. (Unamuno, 2008, p. 127)

42

El sentido religioso, según Unamuno, brota del deseo profundo de trascender y consolar la muerte. Su fe no es institucional, ni dogmática; es íntima, contradictoria y personal. Para él, la religión es un ejercicio constante de vivir entre la razón –que niega la inmortalidad– y el corazón, que la anhela. En este sentido, su visión se alinea con el espíritu quijotesco: una fe que se renueva en la cotidianidad, en la persistencia diaria, incluso cuando no hay certezas que la sostengan, en llevar agónicamente el día sin desesperarse. Lo sagrado no se manifiesta en ritos vacíos, sino en la experiencia de seguir adelante en medio de la duda y el dolor, es decir, en lo cotidiano.

Desde esta perspectiva existencial y agónica, el dolor en Unamuno adquiere una función ontológica: es experiencia personal como apertura hacia el otro, ya que tiene en cuenta esa apertura (trascendencia) que debe participar en la vida auténtica de cada uno. El sufrimiento se transforma en vínculo, en posibilidad de encuentro con otro que también sufre, que también busca sentido. En este dolor compartido se construye una comunidad auténtica, que va más allá del *ego* (Pulgar, 2010, p.100). En otras palabras, Beraldi nos dice que la fe unamuniana se recrea en esta cointerpretación hermeneútica con el otro (Beraldi, 2013, p. 345). En palabras del propio Unamuno: “El dolor es la sustancia de la vida y la raíz de la personalidad, pues sólo sufriendo se es persona. Y es universal, [...], la sangre universal o divina

que por todos circula. Eso que llamamos voluntad, ¿qué es sino dolor?" (Unamuno, 2008, p. 216). Para Unamuno, el dolor puede ser comprendido como una experiencia espiritual, una forma de encuentro con lo divino a través de lo humano (Pulgar, 2010, p. 101). Sin embargo, no basta con sufrir: hay que ir más allá, para entender la vida auténtica. De ahí que proponga un sentimiento más profundo aún —la congoja— como vía hacia la autenticidad. Esta no es simplemente una tristeza más intensa, sino una conciencia radical de nuestra vulnerabilidad y, a la vez, una apertura hacia lo desconocido. Así lo expresa: "El hombre es tanto más hombre, esto es, tanto más divino cuanto más capacidad para el sufrimiento, o, mejor dicho, para la congoja, tiene. [...] Hay que pedir a Dios que se siente uno a sí mismo en su dolor." (Unamuno, 2008, p. 217). En definitiva, es en el dolor donde se gesta el pensador creyente, cuya identidad nace en la relación con la alteridad. El sufrimiento, por tanto, es camino hacia una fe no dogmática, vivida desde el deseo de creer. *Del sentimiento trágico de la vida* puede leerse como un testimonio existencial, una confesión, no como un tratado sistemático. Unamuno no ofrece respuestas cerradas ni definitivas, más bien, camina entre el ansia de creer y la imposibilidad de hacerlo del todo. El mismo Unamuno intenta responder desde el simple hecho de querer creer:

Creer en Dios es anhelar que la haya y es además conducirse como si la hubiera; es vivir de ese anhelo y hacer de él nuestro íntimo resorte de acción. De este anhelo o hambre de divinidad surge la esperanza; de ésta, la fe, y de la fe y la esperanza, la caridad. (Unamuno, 2008, p. 197-198).

43

Su pensamiento no se ancla en dogmas, sino en una fe tejida desde la fragilidad y el hambre de perdurar (Posada, 2013, p. 103). Unamuno piensa desde el abismo entre el deseo de ser y la conciencia de no ser. En esa fisura habita su necesidad de inmortalidad: no como negación de la muerte, sino como impulso vital de trascendencia. Al final, lo que él ofrece no es una doctrina, sino una experiencia viva, urgente y viva.

[...] mi sentimiento de vida, que es la esencia de la vida misma, mi vitalidad, mi apetito desenfrenado de vivir y mi repugnancia a morirme, esta mi irresignación a la muerte es lo que me sugiere las doctrinas con que tardo de contrarrestar la obra de la razón [...] En una palabra: que con razón, sin ella o contra ella, no me da la gana de morirme. Y cuando al final me muera, si es del todo, no me habré muerto yo, esto es, no me habré dejado morir, sino que me habrán matado el destino humano (Unamuno, 2008, p. 145-146).

## 6 LA HERMENÉUTICA DE LA FE EN LA EXISTENCIA VERDADERA

Unamuno define lo que denomina la existencia verdadera como una experiencia trágica cuyo significado le viene dado por la agonía, la lucha constante y

la aceptación de la contradicción, sin una solución definitiva (Unamuno, 2008, p. 266). Esta existencia se resuelve mediante la comprensión y asunción de lo trágico como aquello que da identidad a la vida del hombre.

En este sentido, la hermenéutica de la fe unamuniana está impregnada de una dialéctica existencialista que anticipa algunas de las preocupaciones que, posteriormente, aportarán autores como Camus<sup>7</sup>. La fe no es un refugio sereno, sino que se trata de un campo de batalla donde se enfrentan la necesidad de creer y la imposibilidad de demostración racional de lo que se cree. Una fe que, en Unamuno, no es un concepto estático sino un querer creer creador según sus palabras. Una fe que es voluntad y deseo, apuesta existencial mediante un brinco hacia lo irracional, esperanza no demostrable, pero, ante todo, impulso o temple vital.

Pero Unamuno, con su agonismo radical, se distingue de San Agustín, Pascal o Kierkegaard, ya que no encuentra una solución definitiva para su angustia existencial. Y es así porque no halla la paz en la fe. Esta radicalidad es, paradójicamente, la mayor contribución de Unamuno a la hermenéutica de la fe y de la religión. Al negarse a ofrecer respuestas fáciles, al mantener viva la tensión entre la fe y la duda, Unamuno nos obliga a confrontar el misterio de la existencia y el sentido de la vida.

Finalmente, Unamuno no concibe la fe como un fenómeno puramente individual. Unamuno señaló que los ateos solían vivir aisladamente en las sociedades cristianas, sin querer darse cuenta de la sustancia de fe comunitaria que les mantenía. El sentido comunitario de la fe, Unamuno consideraba fundamental en toda comprensión religiosa. No se cree solo, no se vive solo y la experiencia, aunque personal, es compartida con la comunidad a la que se pertenece. La religión guarda profundamente el sentido de la fe comunitaria que se enriquece con la experiencia del otro, con su apertura a la realidad que le trasciende y le permite encontrarse en contacto con la alteridad y ofrecerle su propia experiencia religiosa ya vivida. Es decir, la fe es una decisión personal, pero con una dimensión social porque se alimenta de la comunidad, de la tradición, de la cultura. Reconoce, por ese motivo, que la fe no puede ser completamente autónoma, ya que está siempre mediada por las creencias y prácticas de la comunidad en la que se vive. “La palabra hablada es portadora de una fe que trasciende el acto de enunciación; en Unamuno, la fe habita en la resonancia comunitaria del habla” (Beraldi, 2020, p. 289). “La fe no se limita a los repliegues del pensamiento individual, sino que se corporiza en la lectura colectiva de la obra” (Beraldi, 2013, p. 346).

---

<sup>7</sup> Este tópico de la relación entre dialéctica existencialista y hermenéutica de la fe puede recorrerse en la obra de A. Camus. En *El mito de Sísifo* (1942) se desarrolla su concepto de absurdo, que nace del enfrentamiento entre la razón humana, que busca sentido, y el silencio del mundo. En *La peste* (1947), el Dr. Rieux transforma la dialéctica en ética y el padre Paneloux es el hermeneuta que interpreta la peste como un misterio que exige una fe. En *El hombre rebelde* (1951), Camus reflexiona sobre la rebelión metafísica: el hombre dice no al absurdo pero, al mismo tiempo, afirma un sentido humano y una justicia terrenal.

Sin embargo, esto no significa que la fe deba ser acrítica. Unamuno insiste en que la verdadera fe es aquella que se cuestiona a sí misma, que se enfrenta a la duda y la contradicción, entre la tradición y la innovación.

Para interpretar hermenéuticamente la fe en *Del sentimiento trágico de la vida*, es necesario tener en cuenta que Unamuno rechazaba que la fe pueda ser racionalizada, ya que la razón niega la dimensión trágica de la existencia. La fe es una respuesta al deseo de inmortalidad, un deseo que la razón no puede satisfacer pero que tampoco puede negar. La fe, entonces, no se justifica por una objetividad de su verdad, sino en su capacidad para responder a este anhelo insaciable. La hermenéutica de la fe unamuniana se convierte en la interpretación existencial del acto de creer: se cree porque se necesita creer, no porque la razón lo imponga. “No se trata de creer porque sea verdadero, sino de creer porque queremos creer; esa voluntad expresa la singular naturaleza de la fe unamuniana” (Oya, 2020, p. 81).

Crear no es alcanzar una certeza, por tanto, sino convivir en agonía con la incertidumbre. Es un acto de voluntad, un quijotismo, que identifica fe con una decisión de creer a pesar de la falta de evidencias racionales y que supone la dicotomía voluntad-entendimiento, Filosofía-religión, razón-voluntad. Don Quijote decide creer en un mundo de ideales a pesar de que la realidad contradice sus creencias. No se resigna al mundo ni a su verdad, su lógica o su moral. Lo que pretende es perpetuarse en la eternidad. Como afirma Maroco: “La “virilidad de la fe” en Unamuno no es arrogancia, sino una voluntad activa de creer, que solo se apacigua con la esperanza y la confianza” (Maroco, 2018, p. 267).

Unamuno expone que la fe no es una certeza intelectual, sino una voluntad vital, una voluntad de no morir haciéndose creación. Para él, creer en Dios y tener fe en Él procede desde una angustia vital que desea salvar la finalidad del hombre. Así, la fe creadora se convierte en una fuerza que da vida en medio del conflicto entre razón y anhelo, entre certeza y muerte. Unamuno ve en esta lucha una forma de autenticidad existencial, una manera de vivir plenamente. Esta fe no busca resolver las preguntas, sino mantenerlas vivas, reconocer la limitación del entendimiento y abrirse a la posibilidad de lo trascendente. No es un acto intelectual, sino una decisión existencial, una apuesta por aquello que nos da esperanza y consuelo, no exenta de riesgo y sufrimiento, pues implica renunciar a la certeza y abrazar el misterio.

En Unamuno, no es Dios el fundamento inmediato de la religión sino el hombre mismo, el hombre de “carne y hueso”, éste es el que nos lleva a postular a Dios (Marías, 1969, p. 141). Apreciamos, por tanto, una filosofía de la religión con una fuerte impronta antropológica puesto que la idea religiosa se inscribe dentro de la preocupación por el hombre que muestra nuestro autor. Y por esta razón afirma (citado por Marías):

Si la religión no se funda en el íntimo sentimiento de la propia sustancialidad, y de la perpetuación de la propia sustancia, entonces

no es tal religión, no. La fe en Dios arranca de la fe en nuestra propia existencia sustancial (Marías, 1969, p. 141).

"Mi religión -afirma Unamuno en un ensayo sobre la fe- es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aún a sabiendas de no encontrarlas mientras viva..., mi religión es luchar con Dios desde romper el alba hasta el caer de la noche, como dicen que con Él luchó Jacob" (Unamuno, 1958, p. 118-119)

Y, al respecto, dice Carlos París, que esta afirmación es lucha sin término que encuentra en sí misma su justificación y sentido. La figura que mejor representa esta lucha es Don Quijote, quien cabalga sobre derrotas y nos convoca por el empeño, desafiando la realidad (París, 1994, p.435).

Este quijotismo, este héroe trágico, es narrado por Unamuno en *San Manuel Bueno, mártir*, en donde se narra un sacerdote capaz de vivir una fe en el interior de la duda, que es capaz de sostener una comunidad de fe. San Manuel practica la fe como obra de amor en favor de su pueblo. La caridad y el amor compasivo del cura del pueblo son testimonio de una fe vivida que no es fruto de razonamientos lógicos. Como lo confirma Beraldi: "La fe en Unamuno encuentra su fundamento no en argumentos silogísticos. sino en la textualidad amplia: el lenguaje vivo del espíritu [...]" (Beraldi, 2020, p. 288). La fe de San Manuel, héroe trágico como D. Quijote, es una fe irracional que se practica como ficción compasiva pero que resulta más auténtica que su forma dogmática. Esa desesperación religiosa (otra forma de denominar al sentimiento trágico) es la fuente de las hazañas heroicas, como la del cura que sacrifica su verdad personal por el bien espiritual de los demás (Aguilera, 2022, p. 255). San Manuel cree sin poder creer, aspecto que recuerda al Dr. Rieux, de Camus, quien actúa durante la epidemia sin creer en la trascendencia. éste es el secreto trágico, según Cerezo Galán, su martirio interior, un acto trágico genuino: fe en la palabra, sin esperanza de certeza. "...sin esperar la inmortalidad los mantuvo en la esperanza de ella... ese fue su "secreto trágico", su "tragedia", en eso precisamente consistió su "martirio"" (Cerezo Galán, 1996, p. 653-654).

La esencia del héroe (quijotesco o sanmanuelino) es su agonismo incesante entre vivir y morir, palabra y silencio, ser y nada. La verdad trágica se revela cuando el cura asume su lucha interna: San Manuel, abrumba a los fieles con una fe vivida pero, en su intimidad, comparte la duda absoluta, convirtiéndose así en víctima de su propia máscara y, a la vez, héroe trágico.

El problema de la conciencia es el problema del ser o no ser y que nos abre la ontología unamuniana al deseo infinito de inmortalidad, a la experiencia del misterio desde saberse finito. En Unamuno, esta situación le permite postular a Dios como el soporte de la propia finitud. Un Dios que es esperanza de que la vida tenga un significado eterno más allá de esa finitud. Inevitablemente, con este Dios podemos establecer una relación íntima y conflictiva, llena de dudas que generan el sentimiento trágico. Es incluso una proyección de nuestro deseo de inmortalidad, de sentido y de eternidad. "No es, pues, la necesidad racional, sino la angustia vital, lo

que nos lleva a creer en Dios" (Unamuno, 2008, p. 197). "Creer en Dios es anhelar que le haya, y es además conducirse como si le hubiera; es vivir de ese anhelo y hacer de él nuestro íntimo resorte de acción" (Unamuno, 2008, p. 197).

Unamuno afirma que Dios viene a ser nuestro yo proyectado al infinito, y que el hombre se asemeja a Dios, pero los dos se distinguen porque uno es finito e imperfecto y el otro es perfecto e infinito. El hombre busca en Dios el garante de la inmortalidad personal, de una perduración de sí mismo: "[...] la fe en Dios consiste en crear a Dios; y como es Dios el que nos da la fe en él, es Dios el que se está creando a sí mismo de continuo en nosotros" (Unamuno, 2008, p. 205).

Unamuno rechaza el panteísmo porque lo considera un ateísmo encubierto. Dios es Uno, personal, inmortalizador, creador de los hombres que los salva de la nada (Marías, 1969, p. 200) y es el fundamento de la existencia personal, nos dirá nuestro autor vasco. Por lo tanto, el modo más radical y absoluto de trascender de sí mismo es quedar desligado del mundo y del propio cuerpo, de toda circunstancia vital, para descubrir la realidad de Dios, fundamento de la propia existencia.

## CONCLUSIÓN

En *Del sentimiento trágico de la vida*, Miguel de Unamuno desarrolla una interpretación existencial de la fe. Para él, creer no se reduce a una certeza racional, sino que constituye una respuesta visceral frente a la conciencia de la muerte y la finitud. Esta fe se presenta como un acto voluntario, profundamente humano, que no niega la duda ni la angustia, sino que convive con ellas.

Su rechazo de lo racional puro implica una llamada a reconocer los límites del conocimiento y abrirse a formas más integrales y diversas de comprensión. Esta perspectiva nos lleva a considerar la fe no como una simple adhesión doctrinal, sino como una vivencia total que involucra a la persona entera. La visión antropológica de Unamuno, en este sentido, puede caracterizarse como vitalista y existencialista, ya que sitúa en el centro de su reflexión dos ejes fundamentales: la aspiración de inmortalidad y el enfrentamiento con el sufrimiento inherente a la existencia. De esta manera, se unifica lo religioso y lo antropológico en Unamuno.

En su empeño por eternizar su yo, Unamuno no se adscribe a sistemas filosóficos cerrados ni a dogmas religiosos establecidos, sino que abraza su propia contradicción. En pensadores como San Agustín, Pascal o Kierkegaard encontró referentes que también habían vivido la misma tensión entre razón y fe, obteniendo de ellos el sentido agónico de su vida. Con ellos sintió Don Miguel el temple para hacer de su vida una lucha constante (agonía). No obstante, Unamuno lleva esa lucha a un extremo radical: hace de ella su modo de estar en el mundo, una actitud existencial permanente.

La antropología de Unamuno es fundamentalmente religiosa. La dimensión religiosa de su pensamiento no puede dissociarse de esta agonía interior. Cabe preguntarse, entonces, por el verdadero contenido de su fe: ¿creía realmente Unamuno, o su fe era una construcción nacida del deseo más que de la convicción?

¿Qué entendía él, en última instancia, por creer? Estas cuestiones siguen abiertas y son parte del legado vivo de su pensamiento.

Desde la mirada de Cerezo Galán, lo trágico unamuniano no es una categoría estética ni un destino fatalista, sino una experiencia vital que define nuestra existencia. El sufrimiento, la duda y la muerte no son obstáculos a esquivar, sino el pulso de una vida que crea y se reinventa. Lo trágico, así, no es la ausencia de belleza, sino un tipo especial de belleza: la que emerge de nuestra imperfección y de nuestra búsqueda desesperada por un sentido. La dialéctica entre la búsqueda de sentido y el abismo de la nada articula una tragedia que es también gesto liberador y creativo.

Así, la hermenéutica de la fe que propone en *Del sentimiento trágico de la vida* se articula en torno a la nostalgia de eternidad, como eje de lo religioso, y al sentimiento trágico como clave para descifrar la autenticidad de la existencia. Este sentimiento trágico es anhelo de inmortalidad esencial para una vida auténtica. Si el objetivo filosófico de Unamuno es interpretar lo religioso desde esa vivencia del límite, el sentimiento trágico está arraigado en la vulnerabilidad del ser humano y debe mantener las circunstancias vitales identificadas como lo más característico de toda existencia mortal, es decir, la finitud. Y si la filosofía nace precisamente del enfrentamiento con esta condición efímera, la agonía se convierte en su núcleo.

Dentro de esta concepción agónica, el dolor adquiere una dimensión ontológica: no solo permite el autoconocimiento, sino que fundamenta el lazo con los otros y nos impulsa hacia una vida heroica. A través de la empatía con el sufrimiento del otro y la compasión, la experiencia del sufrimiento se convierte en el fundamento de una comunidad auténtica, más allá del individualismo y la simple cuestión del existir concreto individual. No obstante, Unamuno reconoce que el mero dolor no basta para comprender la vida: es necesario que sea trascendido por una congoja que dé sentido al padecimiento.

En resumen, el pensamiento unamuniano gira en torno al intento de comprender la experiencia religiosa como una manifestación de la lucha del ser humano por afirmarse ante su propia finitud, una vida que se afana por ser, que pretende comprender la fragilidad del hombre de carne y hueso y su deseo de inmortalidad. Esta búsqueda se nutre tanto del anhelo de Dios como del reconocimiento de la precariedad humana. Cuando se entrelazan estos dos elementos —el deseo de trascendencia y la conciencia de fragilidad—, se puede entender por qué su reflexión sigue siendo relevante hoy en día.

La fe, según esta visión, no es un punto de partida, sino el resultado de una construcción interior del propio creyente alimentada por el deseo de eternidad. Una fe que nace del anhelo y de la voluntad, no de ninguna demostración racional. Para Unamuno, desde el profundo anhelo de inmortalidad, surge esta sed de Dios. En el fondo, Unamuno sufre, en carne propia, la orfandad del individuo moderno inmerso en un mundo secularizado.

En el corazón de su obra laten nociones como el sufrimiento existencial, el dolor, el amor espiritual, el egotismo, la congoja existencial, la incertidumbre, la

humanización de lo divino, la búsqueda de sentido en el universo, la deificación de lo humano, el consuelo existencial o el atisbo de la resurrección de la carne y de la consiguiente vida eterna. Todos estos elementos confluyen en una voluntad de fe que, en el caso de Unamuno, fue la chispa que encendió su vasta y apasionada producción intelectual.

Unamuno sitúa la vida concreta –con su angustia y esperanza– como el eje vertebrador de su pensamiento filosófico. La verdad no se comprende, se vive; la fe no se razona, se sufre; Dios no se demuestra, se crea mediante nuestra hambre de eternidad. La posición unamuniana es la del quiero creer, que no surge desde una fe plena sino desde un deseo fuerte por creer. En última instancia, para Unamuno la vida es la clave de la existencia porque es en ella donde se juega nuestra verdad más profunda: el deseo de no morir, la esperanza de persistir y la lucha agónica entre la razón que niega y la fe que afirma. Vivir es, pues, la única forma auténtica de filosofar.

## REFERENCIAS

AGUILERA, C. Fe religiosa y su problemática en "San Manuel Bueno, mártir", de Unamuno. In: *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* 40, 1964/2022, pp. 205–307. Edición digital en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (2022).

ÁNGELES DE LEÓN, JM. Buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad: la religión de Miguel de Unamuno. In: *Metafísica y Persona. Filosofía, conocimiento y vida* 16 (31), 2024, pp. 51-77.

ARANGUREN J.L. Prólogo de UNAMUNO, M. In: *Antología*. México: FCE, 1964, pp. 9-43.

BERALDI, G. La función hermenéutica de la lectura en la religiosidad de Unamuno. In: *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, 46, 2013, pp.337-350.

BERALDI, G. La textualidad en la hermenéutica de Unamuno. In: *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 37 (2), 2020, pp. 281-292.

CAMUS, A. *La peste*. Madrid: Alianza Editorial, 2011

CAMUS, A. *El hombre rebelde*. Madrid: Alianza Editorial, 2013.

CAMUS, A. *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza Editorial, 2015.

CEREZO GALÁN, P. *Las máscaras de lo trágico*. Madrid: Trotta, 1996.

DÍAZ-PETERSON, R. *Estudios sobre Unamuno*. Madrid: Editorial Verbum, 2013.

HEIDEGGER, M. *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta, 2003.

LÓPEZ MARTIN, C. *La duda en torno a la fe en Miguel de Unamuno*. Salamanca. TFM. Univeridad de Salamanca, 2020.

MARTÍNEZ, I. *Miguel de Unamuno, lector de William James*. Pamplona: Universidad de Navarra, 2006.

MARTÍNEZ-CARRASCO, A. Fe y esperenza en Unamuno. In: Insausti, G. *Unamuno en Hendaya*. Valencia: Pre.textos, 2021.

MARÍAS, J. *Miguel de Unamuno*. Madrid: Revista de Occidente, 1969.

MAROCO, E.J. Unamuno y la fe religiosa. In: *Eidos. Revista de Filosofía* 28, 2018, pp. 255-280.

MOELLER, C. *Literature of the 20th Century and Christianity*. Londres: Burns & Oates, 1955.

ORRINGER, N.R. *Unamuno y los protestantes liberales*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1985.

OYA, A. Unamuno's naturally founded religious fictionalism. En: Oya, A. (Ed.). In: *Religious fictionalism and the value of faith*. Heidelberg: Springer, 2020.

PARÍS, C. *Unamuno: La religión como soteriología existencial*. Madrid: Trotta 1994.

POSADA, EA. Una fe desesperada. La antropología religiosa de Miguel de Unamuno. In: *Veritas* 29, 2013, pp. 97-117.

PULGAR, R. Miguel de Unamuno: fe y filosofía del vivir trágico. En: *Miguel de Unamuno e o existencialismo*. Gutiérrez, J. y Mendes, M. (Org.). Sao Paulo: Editorial Giotri, 2014.

PULGAR, R. Unamuno y la paradoja como hermenéutica de la vida religiosa. Theuth. In: *Revista de Humanidades* 2, 2017, pp. 117-145.

RABATÉ, JC, RABATÉ, C. *Miguel de Unamuno. Biografía*. París: Sorbonne Nouvelle Press, 2009

UNAMUNO, M. La fe. In: *Ensayos*. Tomo I. Madrid: Alianza Editorial, 1958

UNAMUNO, M. *La agonía del cristianismo*. Madrid: Akal, 1964

UNAMUNO, M. *San Manuel Bueno, mártir*. Madrid: Cátedra, 2006.

UNAMUNO, M. *San Manuel bueno mártir*. Madrid: Editorial Edaf, 2007

UNAMUNO, M. *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Alianza Editorial, 2008

UNAMUNO, M. Verdad y vida. En: Unamuno, M. *Mi religión y otros ensayos*. Wroclaw: Amazon Fulfillment, 2019.

UNAMUNO, M. *La fe*. Menorca: Edu Robsy, 2020.

Enviado: 8 de noviembre de 2025

Aceptado: 6 de diciembre de 2025